A los lectores del tercer tomo del Antiguo Testamento

Con el tercer tomo que acaba de salir, nos proponíamos terminar el Antiguo Testamento; forzosamente ha sido dividido en dos para evitar su volumen excesivo a causa de las notas y comentarios, cuya abundancia ha ido en aumento como lo han observado ya, con satisfacción intensa, los lectores del tomo segundo.

De esta manera, la preocupación por limitar la Biblia a cuatro tomos manuales —dedicando el último al Nuevo Testamento por separado— ha tenido que ceder a un propósito de orden superior y espiritual, fundado singularmente en la nueva Encíclica de Pío XII «Divino afflante Spíritu», aparecida a fines de 1943, según la cual las notas y comentarios han de exponer principalmente «doctrina que sirva para aumento de fe, y base de predicación», o en otros términos, que sean ellas mismas predicación y elogio de las maravillas que Dios revela al hombre por medio de su Palabra. En tal sentido, ese documento pontificio, verdaderamente trascendental, ha venido a confirmar muy señaladamente la orientación y el carácter de las notas y comentarios de esta Biblia, cómo también su empeño por «restablecer lo más perfectamente que se pueda el texto sagrado... librándolo en lo posible, de glosas, lagunas, inversiones de palabras», etc., e igualmente por señalar las diferencias entre esta versión de la Vulgata y los textos originales, cuyo estudio viene a recomendar hoy el Papa con una fuerza antes no conocida.

No dudamos que los amigos de la Biblia apreciarán las ventajas de la subdivisión de este tomo, que además permite librarse de esa penuria de espacio, que impedía presentar en forma de versos separados algunos textos que tienen grande importancia, e impedía también ofrecer cada nota en párrafo aparte para mayor comodidad del lector.

Pero insistimos en que la razón fundamental del nuevo tomo reside en la conveniencia de menudear, a medida que entramos en los libros sagrados de mayor interés doctrinal, los comentarios exegéticos y espirituales. La escasez de explicaciones al pie del texto mismo, no puede ser suplida satisfactoriamente por las notas de introducción a cada Libro. Precisamente por tratarse de una edición para uso de los fieles, es indispensable que el exégeta sea como un guía que a cada paso les lleve de la mano a través de ese mundo sobrenatural de la revelación divina, cuyo lenguaje aparece harto desusado para las mentes modernas, a menudo deformadas por la sabiduría de este siglo, y paganizadas por una cultura meramente mundana, como si las raíces del Nuevo Testamento no hubieran de buscarse en el Antiguo, según tanto lo dijeron Cristo y los Apóstoles, sino en la antigüedad oriental y greco-romana, cuya población es llamada por la Escritura «pueblo necio», porque no conoció a Dios.

Tal nos parece ser el verdadero sentido de la prescripción canónica al exigir que lleven notas las ediciones católicas de la Biblia. Tal es, hoy más que nunca, ante el deseo expresado por el Papa de que la Biblia vuelva a ser para el cristiano lo que Ella quiere ser y debió ser siempre: el libro de espiritualidad por excelencia, para que «nuestra unión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (I Juan 1, 3).

J. Straubinger.

Vosotros, hermanos, sois llamados a libertad; cuidad solamente que esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne, sino sed siervos unos de otros por un amor espiritual.

Gál. 5, 13.